

Arturo Castillo Tristán *et al.* *La Huasteca de Tamaulipas en la décima*. México: Asociación Cultural del Tamoanchan / Gobierno del Estado de Tamaulipas, 2010; 284 pp.

La décima mantiene un constante diálogo entre los países donde se cultiva. Así como llegó a América y regresó a España, se mantiene en movimiento constante en los países donde tiene arraigo. La décima ha expresado las preocupaciones del pueblo, ha ayudado a los procesos de independencia, ha estado presente en fiestas populares, ha sido una compañía constante en la cotidianidad de la gente.

En México su influencia se extiende por Michoacán, la Sierra Gorda y la Huasteca. Esta última zona es retratada en el libro *La Huasteca de Tamaulipas en la décima*, una colección de experiencias, de vivencias que se recrean mientras se transita por sus hojas. Se acompaña al poeta a la despedida de un ser querido, al nacimiento del día, a la cotidiana labor. Es un libro que, con pretexto del Festival de las Huastecas, celebra la vida. También le sirve de pretexto el bicentenario del inicio de la lucha de la independencia de México y el centenario del inicio de la Revolución mexicana.

El criterio de selección de los autores es su origen tamaulipeco, aunque muchos de ellos abandonaron su tierra original. Pero, así como ellos partieron, otros llegaron y ese es el segundo criterio del libro, que recoge el trabajo de poetas que, sin haber nacido ahí, le cantan a esa región por cariño y por su arraigo en la Huasteca tamaulipeca.

Es un libro que se escribe y se vive en comunidad. Prueba de esto es la presencia de poetas consolidados, como Arturo Castillo, y otros, que comienzan a ejercitarse en el arte de la décima, como Fernando Agustín. Este acompañamiento de poetas noveles y maduros le da un doble tono de sabiduría y actualidad al libro, pues si se tocan temas de la tradición, otros más actuales mantienen la vigencia de la décima como expresión.

Tras ese diálogo constante, está la vivencia de hombres sabios que, sin aparecer en el libro, han cuidado y mantenido la tradición, preservándola hasta nuestros días. El libro reúne las voces

de trece trovadores que, con su individualidad y su estilo propio, enriquecen el mundo de la décima: encontramos desde los textos reflexivos y profundos de don David Jorge Celestinos Isaacs, hasta los más jocosos y llenos de picardía de Ramón Chávez *el Jarañero*, sin olvidar la voz femenina de la experimentada Paty Chávez — que escenifica un pleito casero para sopesar la labor del hombre y la mujer — o las voces juveniles de María Alejandra Juárez Hernández y Sanjuanita Martínez Velázquez.

El diálogo de la décima trae los temas del barroco español hasta nuestros días, como el *Carpe Diem* — cuando el poeta dice que hay que aprovechar el tiempo aunque la vida que quede sea poca. Como en la poesía española, se habla de la edad de las mujeres, aunque con una conclusión más halagadora y galante, pues si el poeta español sentencia: “bruja y santera se la lleva el diablo”, el trovador tamaulipeco exclama: “¡benditas sean las mujeres!”. La galantería del trovador es una muestra de respeto y admiración ante la mujer, más allá de las dificultades que existan en la convivencia del día a día.

Pero no sólo se retoman elementos de la España del Siglo de Oro; el mundo prehispánico está presente también en el libro, a través del concepto de flor y canto que algunos de los poetas aplican a la niñez, comparando la belleza de la infancia con el concepto poético azteca.

La tradición confluye, como un gran caudal, en la vida en comunidad, uniendo temas muy diversos y mezclando el pasado y la actualidad, como cuando se evoca la canción de “Doña Blanca” para celebrar la amistad — iniciada en la infancia, brillante y festiva, duradera a través de los años — que une a Paty Chávez y a Minerva Guajardo.

El orgullo tamaulipeco se hace presente en el elogio de la región y sus confines. No pocos poemas realizan un recorrido por el estado y los rincones de su territorio. Cada lugar es importante, cada rincón revela la belleza natural de la Huasteca. La vida se vuelve distinta, se llega a ver con otros ojos. Esta antología no sólo muestra el quehacer poético de los trovadores: es una compañía de viaje, un refresco de ánimo, un morral lleno

de décimas, vivencias y sabiduría, una pintura de la región tamaulipeca.

El grito de “¡Alto la música!”, que tradicionalmente se profiere antes de recitar las décimas en las fiestas de la Huasteca de Tamaulipas, vuelve para que escuchemos la experiencia de estos poetas que comparten sus preocupaciones y alegrías, sus penas y su dicha, mostrando que la Huasteca y sus décimas siguen apostando por la vida.

AGUSTÍN RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ
ITESM Campus León

Caterina Camastra y Héctor Vega (textos); Julio Torres Lara (ilustraciones). *Fiestas del agua. Sones y leyendas de Tixtla*. México: Ediciones El Naranjo, 2012; 74 pp. + ilustraciones.

Las coplas tradicionales hacen alusión a conocimientos profundos que afloran de pronto en una voz, en el ritual del baile de tarima o fandango, para actualizar en su aparente sencillez todo un sistema de valores que la comunidad reconoce en el ámbito de la poesía y la música festivas. Así nos lo hacen ver Caterina Camastra y Héctor Vega al entregarnos — pretendidamente a los niños pero, con seguridad, a muchos adultos — *Fiestas del agua*, un volumen que desde el subtítulo anuncia el vínculo de los sonos con las leyendas acuáticas de Tixtla, “una ciudad pequeña, de calles que suben y bajan entre casas de techos de teja, iglesitas de colores y, a la vuelta de cada esquina, hermosas vistas de los cerros de alrededor” (7).

Así describen los autores esta entrañable ciudad, rodeada de agua, por la laguna, por los manantiales y los ríos y canales que la surcan, por la lluvia que la moja con persistencia y aun por el eco no tan lejano del mar, que resuena en las coplas, en las chilenas y en las tarimas. El agua se antoja de tan omnipresente, y ese elemento, tan lleno de vida, aparece como el eje conductor del